

Don Bosco y la alegría

JOSÉ PALUMBO

Hacia el final de la primera mitad del siglo diecinueve, un joven sacerdote, Don Bosco, queda desconcertado al ver jóvenes en la cárcel. El sacerdote comprende inmediatamente que la causa de estos dramas es la pobreza. Entonces se arremanga y no se mide; recoge esa "basura humana" desechada, considerados útiles sólo si pueden ser explotados, y los hace jugar, rezar, divertirse. Se preocupa de sus necesidades más elementales, dándoles instrucción, techo, trabajo, un plato de comida caliente.



La santidad consiste en estar siempre alegres.

Don Bosco no piensa en pequeño y, sorprendiendo a amigos, enemigos, parientes y sacerdotes conocidos, pone en marcha oratorios, escuelas e iglesias. Funda también una "Congregación". ¡Tarea no fácil, dados los tiempos! Don Bosco logra sus grandes obras gracias a las columnas de su "Sistema Preventivo" que eran y son (y serán): Razón, Religión y Cariño. Nuestro santo tiene una enorme confianza en sus muchachos. Si logro evitar que vayan a la cárcel —piensa— probablemente pueda intentar algo todavía más grande. Podría intentar hacerlos "santos".

¿Cómo lograr esta empresa? ¿Con la oración? Seguramente, pero no basta. ¿Con la Razón, la Religión y el Cariño? Sin duda, pero no basta. ¿Con la instrucción y el trabajo? Sin duda, pero no basta. Don Bosco a todo eso añade un "aceite" que, además de valorar los demás ingredientes, hace posible su gran proyecto entre los muchachos. ¡Este "aceite" es la alegría. El fruto de su proyecto se concretiza en un muchacho, Domingo Savio, para quien la santidad consiste en estar alegres. ¡Qué satisfacción para Don Bosco! No es aventurado considerar a Domingo Savio como un nuevo Don Bosco.

El sacerdote piemontés está convencido de que la alegría le hace bien al hombre. De hecho, ya desde joven estudiante, en Chieri, había fundado la "Sociedad de la Alegría". ¿Cómo es posible esta confianza incondicional en la alegría? Don Bosco nació pobre y experimentó en su persona cómo la alegría es el remedio natural contra la miseria, contra las debilidades humanas, contra el ocio, contra los vicios, contra el mal, contra el pecado. Es hermoso descubrir cómo el secreto educativo de Don Bosco al fin y al cabo no sea otro que la intuición de un campesino que, después de sacrificios y mucho estudio, había comprendido que para ser felices y para llegar a ser santos bastaba estar alegres.

No se debe descuidar el hecho de que Don Bosco sufrió atentados. Tal vez había gente que no quería que los muchachos de Don Bosco estuvieran alegres. Tal vez tenían miedo a la alegría. Don Bosco, de todos modos, tuvo razón. Realizó entre sus muchachos la Santidad a base de un cóctel de oraciones, juegos, pobreza, ignorancia, razón, religión, cariño y alegría. Esto nos hace conocedores de la existencia de una nueva pedagogía: la de la alegría. El tercer milenio la necesita.

Don Bosco amigo



No corras, no corras, amigo.
Por mucho que huyas,
que saltes, que grites,
que bebas o fumes,
te drogues o aísles,
te fugues o robes,
vagues o delires...
mi abrazo te espera.

Soy voz al oído, que alienta,
cercana y amiga... ¡Sincera!
Que escucha y consuela,
que inventa caminos,
que sueña veredas,
que enciende luciérnagas,
que señala metas,
que canta a la noche
y enciende luciérnagas,
que señala metas,
que canta a la noche
y enciende radiante
una estrella nueva.
Yo soy el amigo, tu amigo,
que nunca condena,
que no pone leyes,
que odia las cadenas.

Amigo, siénteme a tu lado,
siéntate a mi vera...
Conmigo, no temas.
Yo siempre te espero,
te busco y te sigo,
pero nunca temas,
que no te persigo,
pase lo que pase,
digas lo que digas,
hagas lo que hagas,
seas lo que seas.
Quiero, yo quiero,
ser siempre tu amigo
¡Tu amigo de veras!

Alfonso Francia